

K. PARVATHI KUMAR

MARIA MAGDALENA



DHANISHTHA

El contenido de esta publicación es puesto a disposición de manera gratuita como un acto de buena voluntad y para uso personal únicamente. Es nuestra responsabilidad mantenerlo de esa manera.

Su comercialización por cualquier medio o a través de cualquier plataforma está prohibida, así como su distribución y/o publicación total o parcial sin el permiso expreso por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Original title :
"Maria Magdalena"

Original edition, *August 1997*

Trad.: J. Díaz Vega. Ed.: J. & T. Díaz

© Copyright : *Ediciones DHANISHTHA*, 1997.
All rights reserved / Reservados todos los derechos

ISBN: 84-88011-30-X. Dep. Leg.: B-33209-1997
Impreso en España por / *Printed in Spain by*
Romanyà-Valls. (Barcelona)

Impreso en papel ecológico
Printed on acid-free paper



INTRODUCCIÓN

María se quedó fuera, cerca del sepulcro, llorando. En medio de sus lágrimas, se inclinó hacia el sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el mismo sitio donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Ellos le preguntaron: «¿Por qué lloras, mujer?»

Ella respondió: « Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Al decir esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí de pie, pero ella no sabía que fuera él. Jesús le dijo: «Por qué lloras, mujer? ¿A quién estás buscando?»

Ella, creyendo que se trataba del hortelano, le dijo: «Si es usted quien se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto e iré a recogerlo.»

Jesús le dijo: «¡María!»

Ella lo reconoció y le dijo en hebreo: «¡Rabboni!», esto es: «¡Maestro!»

(Juan 20, 11:16)

Hay muchos Iniciados en India que demostraron amor sin deseo. En Occidente tenemos a Jesucristo que lo demostró en su vida.

Si amamos no podemos desear; eso es amor puro. Nosotros amamos a una persona porque deseamos ciertas cosas de esa persona. Amamos un lugar porque deseamos obtener algo de él. Amamos una cosa porque queremos obtener algo de ella. En nombre del amor lo que buscamos es la satisfacción de nuestros deseos.

El Iniciado no ama lugares, personas ni cosas. Para él el amor no necesita un lugar de encuentro. Para una persona común el amor necesita un lugar de encuentro. Para el Iniciado no existe eso de mostrar amor. Mostrar amor no es sino mostrar deseo o satisfacer los deseos de los demás.

El amor de Jesús era completo, en el sentido de que él nunca deseó nada de ninguno de sus discípulos. Él los amaba sólo porque ellos se sentían atraídos hacia su modo de

vida, que es la sabiduría de los Iniciados.

La relación de Jesús con María Magdalena era de alma a alma. No puede haber otro tipo de relación para un Iniciado de ese nivel.

Cuando Jesús apareció por las orillas del río Jordán al cabo de 18 años de preparación, era ya un hombre completo. En él se daba la presencia completa de los aspectos femenino y masculino. Era andrógino. No necesitaba la presencia de ninguna mujer a su alrededor. Ninguno de sus discípulos desempeñó

un papel de apoyo. Él se mantenía a sí mismo. Los discípulos no estaban en grado de ayudar a Jesús. Él había venido a ayudarles a ellos; ¿cómo podían ellos ayudarle a él? Si alguien se encuentra en una posición de recibir ayuda de sus discípulos, no es un Maestro. Un Maestro es independiente, autosuficiente, autónomo y confía en sí mismo. Él había venido a dar un ejemplo de sabiduría a unos pocos acerca de cómo debe ser un hombre completo.

Su plenitud atrajo a unos pocos y él se la transmitió. La sabiduría

que él tenía era todo un modo de vida.

De entre los discípulos que recibieron el modo de vida de él, María Magdalena fue uno de los discípulos más prominentes. Ella pasó por una gran transformación en un breve período de tiempo, porque tenía alineamiento dentro de sí misma. Sus acciones y pensamientos estaban alineados y tenía una completa convicción de lo que hacía. Personas de este tipo pueden sintonizar fácilmente con cualquier concepto en el que se focalicen porque tienen funda-

mentalmente alineamiento dentro de ellas. Son personas que no se engañan a sí mismas. Hay personas que no se atribuyen a sí mismas cosas que no son, pues son sinceras consigo mismas. Esa sinceridad fue (la verdad) que ayudó a María Magdalena a transformarse tan rápidamente.

Todos conocemos a María Magdalena como prostituta. En lo que respecta a lo mundano así era, pero no tenemos idea del tipo de alquimia por el que pasó para ser uno de los grandes discípulos de Jesucristo.

Ella fue la primera que vio salir del sepulcro al Maestro en cuerpo etérico. A menos que hubiera tenido lugar tanto cambio dentro de ella, no hubiera podido ver la presencia etérica del Maestro. ¡Cuánto trabajo se habría hecho para convertir a una mujer común en una discípula! ¡Una mujer depravada según la sociedad!

En todas partes la transformación tiene lugar en el interior. No se mencionan los detalles de esa transformación que ocurre en el interior, sino sólo los frutos del arduo trabajo. Se soportan en silencio las difi-

cultades por las que se pasa. No vemos cómo la semilla se transforma en raíz y germina, no vemos cómo se produce la floración, tampoco vemos cómo se convierte la flor en fruto ni cómo madura el fruto. Sólo conocemos el gusto del fruto cuando se nos ofrece.

María Magdalena estaba metida de lleno en la vida mundana. Era considerada como una de las mujeres más hermosas de su tiempo y era admirada por todo el mundo. Era admirada por los líderes políticos así como por los dirigentes estatales.

Todos la amaban y ella también creía que ellos la amaban, hasta que encontró a Jesús.

María Magdalena tenía una personalidad muy grande. Vivía en medio de gran vanidad y riqueza. Tenía mucha influencia a nivel de gobierno y en los círculos políticos. Todos los hombres influyentes de la ciudad eran admiradores suyos. Todos tenían la sensación de que una mirada suya era un gran favor hacia ellos. Solía ir por las calles en un fastuoso palanquín y la gente solía mirarla con gran admiración como

si fuera una reina. Solía disfrutar de tales situaciones. Acostumbraba a dar bendiciones con sus miradas y la gente se sentía complacida de que ella los mirase. Tal era el estatus de que gozaba María Magdalena.

Un buen día cuando iba por la calle de esta manera, vio a Jesús caminando con sus discípulos. Jesús era un hombre muy hermoso, tenía todo el vigor de la juventud a sus treinta años. El gran daño que la posteridad le ha causado es dar una imagen triste de él, como si nunca sonriera. Jesús era una persona

sonriente que emanaba resplandor por todo su cuerpo. En su frente destacaba una luz dorada en forma de capullo, a la altura del entrecejo. Tal era la persona que iba caminado por el otro lado de la calle cuando María Magdalena iba en su palanquín. Todo el mundo la miraba con admiración, pero no Jesús. Ella sí que le miraba y se sintió herida pensando: "¿Por qué no me habrá mirado este hombre?". Ella estaba acostumbrada a que la gente la mirase con admiración, pero ahora se veía en una situación en la que un

hombre no la admiraba. Ella, naturalmente se sintió herida y tomó nota de él. Ésta fue la primera impresión que le causó Jesús. Esta misma situación se repitió por segunda vez y María Magdalena se llevó una impresión aún más profunda. Entonces, le preguntó a su dama de compañía si sabía quién era aquel hombre tan hermoso que ni siquiera la miraba. Esta mujer hizo sus averiguaciones y le informó de que Jesús era una especie de persona mística que enseñaba el Evangelio y que no parecía preocuparse de nada más.

María Magdalena se acordaba de Jesús en todo momento y se preguntaba a sí misma si él no la amaría o, como mínimo, si no sentiría simpatía por ella.

Un día María Magdalena estaba en el balcón de su casa, contemplando el atardecer. De pronto vio a Jesús sentado bajo un ciprés cerca de la puerta de entrada de su jardín. Ella se regocijó y empezó a pensar si entraría a verla o si era ella quien debía salir. A ella le hubiese gustado que él hubiera entrado, pero él permanecía sentado tranquilamente ba-

jo el ciprés. A María Magdalena le entró la duda y pensó: "¿Habrá venido por mí o estará haciendo un alto en el camino?" Estos pensamientos la acechaban hasta el extremo de llegar a inquietarla. El hombre con el que soñaba día y noche se encontraba ahora delante de la cancela de su casa, pero ella no estaba segura si él entraría o no. Su vanidad no le permitió salir e invitarlo a entrar. Pidió consejo a su dama de compañía y ésta respondió: "¿Por qué no te llegas hasta él y le invitas? En vez de sufrir aquí dentro

pensando en él, es mejor que vayas y te encuentres con él". María Magdalena titubeó un breve instante y después salió. A medida que iba andando hacia Jesús, él se puso a andar hacia ella y dijo: "María, te amo". Ella se sintió feliz y confortada. Mas Jesús no se detuvo allí y siguió diciendo: "María, yo te amo; los demás no te aman". Entonces se quedó confundida y le pidió una explicación. El Maestro prosiguió diciendo: "Tienes muchos amantes, pero solamente yo te amo. Los demás se aman a sí mismos en tu pre-

sencia, pero yo te amo en tu ser. Otros hombres ven en ti una belleza que marchitará antes de que terminen sus años, pero yo veo en ti una belleza que nunca se marchitará. Sólo yo amo lo que no se ve en ti. Todos los hombres te quieren por sí mismos; yo te amo por ti misma. Ellos buscan tu cuerpo y tú crees que te aman. Si tú les niegas tu cuerpo, ellos te odiarán y se volverán contra ti".

Al principio, María Magdalena no lo podía creer, pues creía que eran todos verdaderos admiradores

suyos en todos los planos. Entonces pensó en someter aquello a prueba. Empezó por no estar disponible para nadie. Dejó de admitir gente en su casa. Un alto funcionario del gobierno vino a su casa y se le negó la entrada, por lo que se sintió ofendido. Un oficial del ejército vino, pero tampoco fue admitido, por lo que también se sintió ofendido. Así, el funcionario de gobierno se sintió ofendido, el oficial del ejército se sintió ofendido, el político se sintió ofendido, el oficial de policía se sintió ofendido, el recaudador de im-

puestos se sintió ofendido y el mercader se sintió ofendido. Todos estos hombres ofendidos convocaron una reunión y por causa del insulto que habían recibido, declararon que era una prostituta. Antes de eso no era considerada como tal porque todos sus deseos eran satisfechos y se la trataba como a una persona muy importante. Sin embargo, ahora que ella les había negado su cuerpo y sus emociones, la declararon prostituta. Con este propósito invitaron a un sacerdote y le dijeron que le aplicara la ley de Moisés, lo que suponía la

lapidación en público. Entonces fue encausada.

De una gran vida mundana, María Magdalena quedó reducida a ser una prostituta de la calle, y la misma gente que solía mirarla con admiración empezó a lanzarle piedras.

Llegó el día en que debía ser lapidada y cuando estaban a punto de empezar, llegó Jesús y se interpuso con su cuerpo para protegerla y les dijo: "Si todos vosotros sois hombres de honor, ¿a qué se debe que se haya convertido ella en prostituta? ¿Cómo puede una mujer con-

vertirse en prostituta a no ser que los hombres se comporten mal? Aquel que no se haya comportado mal con ella que tire la primera piedra". La fuerza de esta afirmación del Maestro dejó atónitos a quienes querían lapidarla y se marcharon. Una vez más Jesús le dijo: "María, yo te amo; los demás no te aman". Entonces comprendió que estaba ante un hombre que había ofrecido su vida para protegerla y que no deseaba su cuerpo. ¡Los demás quisieron utilizar la Ley para su provecho y condenarla a muerte cuando

se negó a ofrecerles su cuerpo! La verdad desnuda le hizo abrir los ojos de par en par.

A partir de entonces se activó la transformación en ella. En aquella terrible crisis, María Magdalena comprendió claramente qué es el Amor. En aquella crisis encontró la fuente única, el Maestro.

La fuerza de la verdad que tenemos en nosotros es sometida a prueba sólo en períodos de crisis. Las crisis marcan el punto de cambio que le hace a uno caminar hacia la luz. Las crisis son comunes en la

vida de los discípulos. Es precisamente a través de esa crisis por lo que María Magdalena se convirtió en discípula. La comunicación entre ella y Jesús era en el alma y ya no más en el plano mental. Él no necesitaba comunicarle mucho a ella mediante su mente ni su voz. Tal era la profundidad de María Magdalena. Ella pudo darse cuenta de la belleza del Maestro y de la universalidad que tenía lugar por medio de él.

Su orientación hacia el Maestro era tan completa que hacía posible

la transmisión silenciosa de la cualidad de alma del Maestro hacia ella misma; era un gozoso proceso de magnetización por el que pasó. El discípulo es preparado de este modo.

A María Magdalena se le permitió estar siempre cerca de Jesús, hasta el punto de que los otros discípulos empezaron a sentir envidia de ella. Los demás discípulos no tenían tanta convicción como tenía ella acerca del Maestro. Juan, el más joven de los 12 apóstoles, en cuyo hombro solía Jesús con frecuencia reclinar su cabeza, era el más pro-

fundo de ellos. Él podía ver el lado esotérico de Jesús. A él le fue revelada toda la doctrina esotérica en presencia de Jesús. Había otros que dudaban de él, entre los cuales estaba nada menos que su propio hermano menor Tomás. En tiempo de dificultades Pedro negó al Maestro y prefirió negarlo antes que reconocerlo. ¡Tan grande era la variedad entre sus discípulos!

María Magdalena fue la que verdaderamente comprendió al Maestro por completo. Ella fue la primera que llegó al sepulcro ¿Dónde esta-

ban los apóstoles? ¿Por qué no fueron al sepulcro? ¡Sólo tres mujeres fueron! Podemos apreciar el cariño que sentían. Estas tres mujeres fueron al sepulcro, pero no encontraron el cuerpo del Maestro. Esto las dejó pasmadas y sin palabras, pues se veían en la imposibilidad de seguir viviendo por el simple hecho de pensar en la desaparición del cuerpo del Maestro.

Esto era algo insoportable para ellas. ¡Tanto era el cariño que sentían por el Maestro! El Maestro tuvo que apresurarse a decir: "¡Ma-

ría!", y María Magdalena, volviéndose hacia él, dijo en hebreo: "¡Rabboni!" ("¡Maestro!"). Jesús le dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas" (Juan 20, 16:18).

Algunos se emocionaron al oír estas noticias y otros lo sometieron a raciocinio y se preguntaban: "¿Será

esto posible, o es que estas mujeres se han dejado llevar por la emoción?" Los intelectuales intentan pasar por alto las visiones de los que verdaderamente ven, calificándolas de emocionales. Hubo otros que dudaron. Jesucristo tuvo que venir, darles su presencia y decirles: "Yo no muero".

El concepto de resurrección queda muy claramente demostrado en la vida de Jesús, y eso ya nada más llegar a las orillas del río Jordan. Él no necesitaba aprender nada durante los últimos tres años. Él tenía una

misión (un plan) y la cumplió. Siempre fue un gran desafío para la humanidad y lo sigue siendo, desafiando al intelecto humano con su demostración de la vida después de la muerte.

Las enseñanzas que Jesús dio eran completas y muy sencillas, pero sólo unos pocos pudieron realmente recogerlas en su sentido completo. María Magdalena fue una de esas personas. María, la madre de Jesús era ya una Iniciada y no tenía necesidad de aprender nada de su hijo. Ella conocía el esquema completo de

las cosas. Ella era quien daba su presencia para proteger a quienes trabajaban con Jesús. Ella no desempeñaba ningún papel de proteger a Jesús, pero sí el de proteger a los seguidores de Jesús. Ésa es la razón de que los seguidores del cristianismo busquen a María como protectora. Si los seguidores del cristianismo quieren obtener protección, rezan a María la Madre. Si los seguidores del cristianismo quieren resucitar, tienen que seguir a Jesús.

La relación entre Jesús y María Magdalena fue una relación de com-

pleto entendimiento entre Maestro y discípulo. Fue un alineamiento completo entre Maestro y discípulo en el que el discípulo es completamente ungido con la presencia del Maestro Universal. La historia de su vida nos transmite el mensaje de lo apropiado de tener crisis en la vida. Cada crisis vuelve a la persona más profunda en su ser. La autorrealización espiritual no puede tener lugar en el buen tiempo. Esto no significa que tengamos que invitar al mal tiempo, sino que con cada crisis po-

demos ser conducidos más en profundidad hacia la verdad.

Cuando consideramos la vida de los Iniciados como Arjuna o Yudhishira vemos que se encontraban en crisis profundas. Sólo en períodos de crisis ellos ganaron el espíritu. Entre los discípulos de Jesús sólo sabemos que María Magdalena tuviera una crisis tan profunda en su vida. Eso le proporcionó la gran oportunidad de transformarse. La iniciación puede tener lugar en la hora de la muerte. Arjuna y María Magdalena se encontraban en ese punto. La inicia-

ción puede ocurrir con facilidad en tales crisis.

Ésta es otra dimensión que he podido ver en la vida de María Magdalena.

Así ocurre la transformación mediante la muerte de la personalidad. Esto es lo que ocurre cuando estamos verdaderamente caminando en el sendero de la luz: la muerte de la personalidad para que nazca la conciencia.

